

mismo. Después de haber gozado del furor de Nathán, acabamos de decirle que bien pronto tendría que darnos las gracias por la reñida polémica por medio de la cual íbamos á hacer que subiese su libro en ocho días. En este momento eres á sus ojos un espía, un canalla, un pillo; pasado mañana serás un gran hombre, una gran cabeza, un hombre de Plutarco. Nathán te abrazará como á su mejor amigo. Dauriat ha venido, tienes tres billetes de mil francos; la jugada está hecha. Ahora necesitas la estimación y la amistad de Nathán. La única víctima debe ser el librero. Nosotros no debemos inocular y perseguir más que á nuestros enemigos. Si se tratase de un hombre que hubiese conquistado un nombre sin nuestra ayuda, de un talento molesto y que fuese preciso anular, no haríamos semejante réplica; pero Nathán es amigo nuestro, y Blondet hizo que le atacasen en el *Mercurio* para darse el gusto de contestar en los *Debates*. ¡Así se concibe que se haya vendido tan pronto la primera edición del libro!

—Amigos míos, os juro por mi honor que soy incapaz de decir dos palabras de elogio acerca de ese libro...

—Tendrás cien francos más—dijo Merlín,—y así, Nathán te habrá proporcionado diez luises, sin contar un artículo que puedes hacer en la revista de Finot, por el que te pagará cien francos Dauriat y otros cien la revista: total, ¡veinte luises!

—Pero ¿qué diré?—preguntó Luciano.

—He aquí cómo puedes salir del apuro, hijo mío—respondió Blondet reconcentrándose.—La envidia, que se pega á las obras hermosas como el gusano á los frutos, ha intentado morder á ese libro, dirás. Para encontrar defectos en él, la crítica se ha visto obligada á inventar teorías acerca de ese libro, de distinguir dos literaturas: la que se entrega á las ideas y la que se dedica á las imágenes. Aquí, pequeño mío, dirás que el último grado del arte literario consiste en imprimir la idea en la imagen. Tratando de probar que la imagen es toda la poesía, te quejarás de la poca poesía que consiente nuestra lengua, hablarás de los reproches que nos hacen los extranjeros acerca del *positivismo* de nuestro estilo, y alabarás al señor de Canalís y á Nathán por los servicios que hacen á Francia comunicando poesía á nuestro lenguaje. Apoya tu precedente argumentación haciendo ver que estamos más adelantados que en el siglo xviii.

Aduce el argumento irrefutable del *progreso* (admirable engaño para el vulgo). Nuestra nueva literatura se manifiesta por cuadros donde se concentran todos los géneros, la comedia y el drama, las descripciones, los caracteres y el diálogo, engarzados con los nudos brillantes de una intriga interesante. La novela, que requiere sentimiento, estilo é imagen, es la creación moderna más inmensa. Sucede á la comedia, que no es posible ya con sus viejas leyes, dadas nuestras actuales costumbres. Abraza el hecho y la idea en sus invenciones, que exigen el espíritu de la Bruyere y su moral incisiva, los caracteres tratados como lo entendía Moliere, los grandes resortes de Shakspeare y la pintura de los matices más delicados de la pasión, único tesoro que nos han dejado nuestros antecesores. Así, la novela es muy superior á la discusión fría y matemática, al seco análisis del siglo xviii. La novela, dirás sentenciosamente, es una epopeya divertida. Cita á Corina, apóyate en la señora de Stael. El siglo xviii lo ha puesto todo sobre el tapete, y el siglo xix es el encargado de decidirlo: así, acaba con realidades, pero con realidades que viven y andan; en fin, pon en juego la pasión, elemento desconocido por Voltaire. Un trozo contra Voltaire. Respecto á Rousseau, no ha hecho más que vestir razonamientos y sistemas. Julia y Clara son entelequios, no tienen carne ni hueso. Puedes extenderte sobre este tema y decir que debemos á la paz, á los Borbones, una literatura nueva y original, pues escriben en un periódico del centro derecha. Búrlate de los inventores de sistemas. En último término, puedes soltar las siguientes exclamaciones: ¡Cuántos errores! ¡cuántas mentiras dice nuestro colega! Y todo ¿para qué? Para desacreditar una hermosa obra, para engañar al público deduciendo esta conclusión: Un libro que se vende no se vende. ¡*Proh pudor!*, suelta un *proh pudor*, que es juramento que siempre anima al lector. Anuncia, al final, la decadencia de la crítica. Conclusión: no hay más que una sola literatura, la de los libros amenos. Nathán ha entrado en una senda nueva, ha comprendido su época y responde á sus necesidades. La necesidad de la época es el drama. El drama es el deseo de un siglo en que la política es un mimodrama perpetuo. ¿No hemos visto en veinte años los cuatro dramas de la Revolución, el Directorio, el Imperio y la Restauración? De aquí, pasas al ditirambo del elogio, y la segunda edición

gana. He aquí cómo: el sábado próximo harás una hoja para nuestra revista, y la firmarás *De Rubempré* con todas las letras. En este último artículo dirás: Es propio de las buenas obras el promover amplias discusiones. Esta semana, tal periódico ha dicho tal cosa del libro de Nathán, y tal otro le ha respondido vigorosamente. Criticas á los dos críticos *C.* y *L.*, haces de paso un elogio del primer artículo que yo hice en los *Debates*, y acabas afirmando que la obra de Nathán es el libro más hermoso de la época. Esto es como si no dijese nada, porque se dice de todos los libros, y á más de decir la verdad en alguna parte, habrás ganado cuatrocientos francos esta semana. Las gentes sensatas darán la razón á *C.*, á *L.*, á Rubempré, ó tal vez á los tres. La mitología, que es ciertamente uno de los mayores inventos humanos, ha supuesto la Verdad en el fondo de un pozo; ¿no se necesitan cubos para sacarla? Tú habrás dado al público tres. Conque, ya lo sabes, amigo mío, adelante.

Luciano quedó aturdido, y Blondet le besó en las dos mejillas, diciéndole:

—Me voy á mi tienda.

Y cada cual se fué á su tienda. Para aquellos hombres de talento, el periódico no era más que una tienda. Todos tenían que volver á verse por la noche en las galerías de Bois, adonde Luciano iría á firmar su contrato á casa de Dauriat. Florina y Lousteau, Luciano y Coralía, Blondet y Finot comían en el Palais-Royal.

—¡Tienen razón!—exclamó Luciano cuando quedó solo con Coralía.—Los hombres deben ser medios en manos de las gentes de talento. ¡Cuatrocientos francos por tres artículos! Apenas me daba esta suma Doguereau por un libro que me había costado dos años de trabajo.

—Hazte crítico, diviértete—le dijo Coralía.—¿No me visto yo esta noche de andaluza, mañana de gitana y otro día de hombre? Haz como yo, dales gusto por dinero, y viviremos felices.

Luciano, enamorado de la paradoja, empezó á cabalgar sobre aquel mulo caprichoso, hijo de Pegaso y de la burra de Balaam, y galopando por los campos del pensamiento, descubrió originales bellezas en la tesis de Blondet. Comió como comen las gentes felices, firmó en casa de Dauriat un contrato cediendo la propiedad de las *Margaritas*, se fué después al periódico, donde embadurnó dos columnas, y volvió

á la calle de Vendome. Al día siguiente por la mañana, vió que las ideas habían germinado en su cabeza, como ocurre á todos los espíritus llenos de savia y cuyas facultades están poco gastadas. Luciano sintió placer en meditar aquel nuevo artículo, y se puso á escribirlo con ardor. Su pluma supo hallar las bellezas que nacen de la contradicción, estuvo ocurrente y burlón y se elevó á consideraciones nuevas acerca del sentimiento y la imagen en literatura. Ingenioso y astuto, supo recordar, para alabar á Nathán, las primeras impresiones que le había producido la lectura del libro en el gabinete literario del Patio del Comercio. El crítico áspero y cruel, el cómico burlón, supo convertirse en poeta mediante algunas frases finales que se balancearon majestuosamente como se balancea sobre el altar el incensario cargado de perfumes.

—¡Cien francos, Coralía!—dijo enseñándole, mientras se vestía, las ocho hojas de papel escritas.

Aprovechándose de su inspiración del momento, hizo en cuatro plumadas el terrible artículo prometido á Blondet contra Chatelet y la señora de Bargetón. Durante aquella mañana, experimentó uno de los más vivos placeres secretos de los periodistas: el de aguzar el epigrama, el de pulir la hoja fría que ha de hundirse en el corazón de la víctima y de esculpir el mango para los lectores. El público admira el trabajo ocurrente, no ve su malicia é ignora que la frase sedienta de venganza, brota á veces de un amor propio herido de mil golpes. Este horrible placer, sombrío y solitario, gustado sin testigos, es como un duelo con un ausente, muerto á distancia con el cañón de una pluma, cual si el periodista tuviese el poder fantástico atribuido en los cuentos árabes á los dueños de talismanes. El epigrama es el espíritu del odio, del odio que hereda todas las malas pasiones del hombre, del mismo modo que el amor implica todas sus buenas cualidades. Esta es la razón que explica que no haya hombre que no sea ocurrente vengándose, del mismo modo que no hay ninguno al que el amor no proporcione goces. Á pesar de la facilidad y de la vulgaridad de estas ocurrencias, en Francia son siempre bien acogidas. El artículo de Luciano debía llevar y llevó al colmo la reputación de malicia y de maldad del periódico, llegando hasta el fondo de los corazones é hiriendo gravemente á la señora de Bargetón, su ex Laura, y al baron del Chatelet, su rival.

—Bueno, los caballos están enganchados y piafan ya. Vamos á dar un paseo—le dijo Coralia.

—Llevemos el artículo sobre la obra de Nathán á casa de Héctor. Decididamente, el periódico es como la lanza de Aquiles, que curaba la herida que habia hecho—dijo Luciano corrigiendo algunas expresiones.

Los dos amantes partieron y lucieron su esplendor en aquel París que poco antes habia renegado de Luciano y que ahora empezaba á ocuparse de él. Hacer que París se ocupe de uno cuando ha comprendido la inmensidad de esta villa y la dificultad de ser algo en ella, causa los embriagadores goces que emborracharon á Luciano.

—Querido mío—dijo la actriz,—pasemos por casa de tu sastre para darle prisa ó para probarte la ropa si está dispuesta. Si vas á casa de tus hermosas señoras, quiero que eclipses á ese monstruo de de Marsay, al pequeño Rastignac, á los Adjudá Pinto, á los Máximo de Trailles, á los Vandenesse, en fin, á todos los elegantes. No olvides que Coralia es tu querida. Pero no me seas infiel, ¿eh?

Diez días después, la víspera de la cena que Luciano y Coralia daban á sus amigos, se estrenaba en el Ambigú una pieza de la cual debía dar cuenta Luciano. Después de comer, Luciano y Coralia se fueron á pie de la calle de Vendôme al Panorama Dramático por el bulevar del Temple, que en aquella época era uno de los paseos más concurridos. Luciano oyó alabar su dicha y la belleza de su querida. Los unos decían que Coralia era la mujer más hermosa de París, y los otros consideraban á Luciano digno de ella. El poeta se encontró en su elemento. Aquella vida era su vida. El cenáculo, apenas lo veía, y hasta llegaba á preguntarse si aquellas grandes almas, que tanto admiraba dos meses antes, no eran un poco tontos con sus ideas y su puritanismo. La palabra *bobos*, dicha atolondradamente por Coralia, habia germinado en el espíritu de Luciano y comenzaba á dar sus frutos. El poeta dejó á Coralia en su palco, escudriñó los bastidores del teatro, por donde se paseaba como un sultán, recibiendo cariñosas miradas y halagüeñas frases de todas las actrices.

—Tengo que ir al Ambigú á cumplir mi cometido—dijo el novel periodista.

En el Ambigú, la sala estaba llena, y como Luciano no encontrase asiento, se fué al escenario á quejarse amarga-

mente de aquella falta de atención de la empresa. El administrador, que no le conocía aún, le dijo que se habían mandado dos palcos á su periódico, y le envió á paseo.

—Hablaré de la pieza por lo que haya oído de ella—dijo Luciano ofendido.

—Pero, hombre, ¿está usted loco?—dijo la primera dama al administrador.—¡Si es el amante de Coralia!

En cuanto dijo esto, el administrador se volvió hacia Luciano y le dijo:

—Caballero, voy á hablarle al director.

Los menores detalles probaban á Luciano la inmensidad del poder del periódico, y acariciaban su vanidad. El director se le presentó al poco rato y obtuvo del duque Rhetoré y de Tulia, que se hallaban en un palco proscenio, que cediesen un asiento á Luciano.

—Tiene usted desesperadas á dos personas—le dijo el joven duque refiriéndose al barón del Chatelet y á la señora de Bargetón.

—Pues, ¿qué será entonces mañana?—dijo Luciano.—Hasta ahora, mis amigos sólo les han hecho descargas de fusilería; pero esta noche, yo les disparo con cañón. El artículo se titula: *Potelet de 1811 á Potelet de 1821*. Chatelet será el tipo de las gentes que han renegado de su bienhechor afiliándose á los Borbones. Después de haber dado una idea de mi poder, iré á casa de la señora de Montcornet.

Luciano tuvo con el duque una conversación llena de gracejo, pues deseaba probar á aquel gran señor lo mucho que se habían engañado, despreciándole, las señoras de Espard y de Bargetón; pero acabó por enseñar la oreja al tratar de defender sus derechos á llevar el nombre de Rubempré, cuando maliciosamente le llamó Chardón el duque de Rhetoré.

—Caballero, debería usted hacerse realista—le dijo el duque.—Ha demostrado usted ser hombre de talento; sea ahora hombre de buen sentido. La única manera de obtener una real orden que le restituya el título y el nombre de sus antepasados maternos, es pidiendo la recompensa de los servicios que prestará usted á la corona. Los liberales no le harán nunca conde. Mire usted, la Restauración acabará por dar cuenta de la prensa, que es el único poder temible. Aprovechese usted de sus últimos momentos de libertad para hacerse respetable. Dentro de algunos años, un nombre

y un título serán en Francia riquezas más seguras que el talento. De este modo, podrá usted tenerlo todo: talento, nobleza, belleza, é irá á todas partes. Límitese usted, pues, á ser en este momento liberal para vender más caro su realismo.

El duque rogó á Luciano que aceptase la invitación á comer que tenía que enviarle el ministro con quien había cenado en casa de Florina. Hubo un momento en que el poeta fué seducido por las reflexiones del hidalgo, y encantado de ver que se abrían ante él las puertas de los salones de donde se creía desterrado para siempre algunos meses antes. Admiró el poder del pensamiento. La prensa y la inteligencia eran, pues, el medio de la sociedad presente. Luciano comprendió que tal vez Lousteau se arrepentía de haberle abierto las puertas del templo, y él mismo empezó á sentir ya la necesidad de oponer obstáculos á las ambiciones de los que llegaban á París de provincias. Si un poeta llegase á él á arrojarse en sus brazos, como se había arrojado él en los de Esteban, no se atrevía á preguntarse la clase de acogida que le haría. El joven duque notó en Luciano los síntomas de una meditación profunda, y no se engañó al indagar la causa de ella: había descubierto todo el horizonte político á aquel ambicioso, sin voluntad fija, pero no sin deseos, como los periodistas le habían enseñado el mundo literario y sus riquezas. Luciano ignoraba la pequeña conspiración urdida contra él por las gentes á quienes atacaba en aquel momento en el periódico, conspiración en la cual estaba complicado el señor de Rhetoré. El joven duque había asustado á la sociedad de la señora de Espard hablándoles del talento de Luciano. Encargado por la señora de Bargetón de sondear al periodista, el duque había esperado encontrarlo en el *Ambigú Cómico*. Ni el mundo ni los periodistas son profundos, así es que no urden sus traiciones. Ni el uno ni los otros tienen plan fijo; su maquiavelismo vive al día, como vulgarmente se dice, y consiste en estar siempre dispuesto á todo, lo mismo á aprovecharse del bien que del mal, y á espiar los momentos en que la pasión les entrega un hombre. Durante la cena de Florina, el joven duque había reconocido el carácter de Luciano, había adivinado su vanidad y se proponía adularle con mucha diplomacia. Una vez terminada la función, Luciano corrió á la calle de Saint Fiacre á hacer su artículo acerca de la pieza.

Por cálculo, su crítica fué áspera y mordaz, complaciéndose en ensayar la latitud de su poder. El melodrama valía más que el del *Panorama Dramático*; pero él quería saber si podía matar una buena obra y dar vida á una mala, como le habían dicho. Al día siguiente, mientras almorzaba con Coralia, abrió el periódico, después de haberle dicho á su querida que publicaba en él un artículo en el que reventaba al *Ambigú Cómico*; pero su asombro fué grande cuando vió que, después de su artículo acerca de la señora de Bargetón y de Chatelet, venía la reseña del *Ambigú* tan modificada, que terminaba haciendo una conclusión favorable, tanto, que auguraba que la obra llenaría de dinero la caja del empresario. Su furor no podía describirse. Se propuso decir dos palabras á Lousteau. Luciano se creía necesario y se prometía no dejarse dominar y explotar como un necio. Para establecer definitivamente su poder, escribió el artículo en que resumía todas las opiniones emitidas acerca del libro de Nathán, artículo destinado á la revista de Dauriat y de Finot. Después, escribió uno de esos artículos titulados *Varietades*. En su primer efervescencia, los periodistas jóvenes escriben los artículos con amor, derrochando así imprudentemente todas sus flores. El director del *Panorama Dramático* daba la primera representación de una zarzuela, á fin de dejar la noche libre á Florina y á Coralia. Lousteau fué á buscar el artículo hecho por Luciano acerca de esta pieza, cuyo ensayo había visto, á fin de no tener ninguna inquietud respecto á la composición del número. Cuando Luciano le hubo leído uno de aquellos encantadores articulitos acerca de las particularidades parisienses, articulitos que fueron la fortuna del periódico, Esteban le abrazó y le tituló la providencia de los periódicos.

—Pues, entonces, ¿por qué te diviertes en cambiar el sentido de mis artículos?—dijo Luciano, que sólo había hecho aquel brillante artículo para dar más fuerza á sus garras.

—¿Yo?—exclamó Lousteau.

—¿Quién ha sido, entonces, el que ha cambiado mi artículo?

—Querido mío—respondió Esteban riéndose,—aun no estás al corriente de los negocios. El *Ambigú* nos toma veinte abonos, nueve de los cuales se reparten entre el director, el jefe de orquesta, el administrador, sus queridas y tres copropietarios del teatro. Cada uno de los teatros del

bulevar paga de este modo ochocientos francos al periódico, sin contar los abonos de los actores y de los autores, y de esta suerte, el pilla de Finot saca de los bulevares ocho mil francos. Por los teatros pequeños, juzga los grandes, ¿comprendes? Nos vemos obligados á tener mucha indulgencia.

—Lo que comprendo, es que no soy libre de escribir lo que pienso.

—¿Qué más da, con tal que te vaya bien? Por otra parte, querido mío, ¿qué queja tienes del teatro? Para reventar la pieza de ayer, es preciso una razón, y reventar nada más que por reventar, es comprometer el periódico, y cuando el periódico criticase con justicia, no produciría ya ningún efecto. ¿Te ha faltado el director en algo?

—No me había reservado ningún asiento.

—Bueno—dijo Lousteau,—yo le enseñaré tu artículo al director, le diré que he procurado calmarte y así sacarás más partido que si se hubiese publicado. Pídele mañana entradas, él te firmará cuarenta en blanco todos los meses y yo te llevaré á casa de un hombre con el cual puedes entenderte para vendérselas. Te las pagará todas al cincuenta por ciento de su valor. Con las entradas del teatro se hace el mismo tráfico que con los libros. Ven, ahora verás á otro Barbet, á un jefe de claque que no vive lejos de aquí.

—Pero, querido mío, ese Finot comete una infamia imponiendo contribuciones indirectas al campo del pensamiento. Tarde ó temprano...

—Pero, hombre, ¿por quién tomas á Finot? ¿de dónde sales?—exclamó Lousteau.—Bajo su falsa hombría de bien, bajo su ignorancia y su estupidez, oculta toda la astucia de un vendedor de sombreros, que es la profesión de su padre. ¿No has visto en su despacho del periódico á aquel veterano del Imperio, al tío de Finot? Ese tío no sólo es un hombre honrado, sino que tiene, además, la suerte de pasar por un necio, siendo él quien se compromete en todas las transacciones pecuniarias. En París, un ambicioso es muy rico cuando tiene á su lado una criatura que consiente en ser comprometida. Lo mismo en política que en el periodismo, existe una multitud de casos en que los jefes no deben de ser nunca cansados. Si Finot llegase á ser un personaje político, su tío sería su secretario y recibiría por su cuenta las contribuciones que se sacan de los grandes negocios en las oficinas. Giroudeau, que parece un tonto á pri-

mera vista, tiene bastante astucia para resultar un compadre indisciffrable. Está de centinela para impedir que nosotros seamos anonadados por los gritos de los principiantes, y no creo que haya periódico que tenga igual.

—Sí, ya le he visto y sé que desempeña bien su papel—dijo Luciano.

Esteban y Luciano se fueron á la calle del arrabal del Temple, donde el redactor en jefe se detuvo ante una finca de hermosa apariencia.

—¿Está en casa el señor Braulard?—preguntó Esteban al portero.

—¡Cómo, amigo!—dijo Luciano,—¿es señor el jefe de la claque?

—Querido mío, Braulard tiene veinte mil francos de renta y es dueño de todos los autores dramáticos del bulevar, los cuales tienen cuenta corriente en su casa, como si fuera un banquero. Las entradas de autor y de favor se venden, y Braulard compra esta mercancía. Calcula un poco, que es cosa útil, y verás que cincuenta entradas de favor cada noche en cada teatro hacen doscientas cincuenta entradas diarias; si valen dos francos una con otra, Braulard paga ciento veinticinco francos diarios á los autores y tiene la probabilidad de ganar él otro tanto. De modo que nada más que las entradas de autor le procuran cuatro mil francos mensuales, ó sea cuarenta y ocho mil francos al año. Supónte que pierda veinte mil francos, pues no siempre puede venderlas todas.

—¿Por qué?

—¡Ah! porque la gente que va á pagar sus asientos á taquilla no siempre quiere las entradas de favor, que no tienen asiento reservado. Además, hay días de mal tiempo para los teatros. Pero, en fin, de todos modos, puedes calcular que Braulard gana veinte mil francos con este negocio. Además de esto, tiene la claque, que es otra industria, de la cual son tributarias Florina y Coralia, que no se verían aplaudidas siempre que entran y salen en escena, si no le subvencionasen.

Lousteau daba esta explicación en voz baja, mientras subía la escalera.

—París es una ciudad muy singular—dijo Luciano al ver que la especulación se hallaba en todas partes.

Una criada muy limpia introdujo á los dos periodistas en

casa del señor Braulard. El tratante en entradas, que estaba sentado en un sofá ante una gran mesa despacho, se levantó al ver á Lousteau. Braulard, envuelto en una levita de muletón gris, llevaba un pantalón largo y unas zapatillas rojas, enteramente lo mismo que un médico ó un procurador. Luciano vió en él al hombre del pueblo enriquecido: un rostro vulgar, ojos grises y llenos de malicia; manos de aplaudidor, tez ajada por las orgías, cabellos grises y voz cascada.

—Viene usted, sin duda, por la señorita Florina, y el señor por la señorita Coralia. Ya les conozco á ustedes. No tenga usted cuidado, caballero—le dijo á Luciano, cuidaré á su querida y la pondré al corriente de las tramas que se urdan contra ella.

—Su ayuda no es despreciable, mi querido Braulard—dijo Lousteau;—pero venimos por las entradas de los periódicos de todos los teatros de los bulevares: yo como redactor en jefe y el señor como redactor de todos los teatros.

—¡Ah! sí, ya sé que Finot ha vendido su periódico. Va bien ese Finot. A fines de semana doy una comida, y si quieren hacerme el honor de venir, pueden traer sus respectivas esposas; habrá juerga, tendremos á Adela Dupuis, á Ducange, á Federico de Petit-Méré y á la señorita Millot, mi querida. Nos reiremos mucho y beberemos más.

—Ducange debe estar en muy mala posición desde que perdió su pleito.

—Yo le presté diez mil francos, y con el éxito de *Calas* me los devolverá. Por eso le he protegido. Ducange es hombre de talento y dispone de medios para salir adelante.

Luciano creía soñar oyendo á aquel hombre apreciar el talento de los autores.

—Coralia ha ganado mucho—le dijo Braulard con el aire de un juez competente,—y si se porta bien, la protegeré cuando se estrene en el Gimnasio. Escuche usted; para ella tendré hombres bien vestidos en las galerías, los cuales se sonreirán y harán pequeños murmullos á fin de atraer el aplauso. Este es un manejo que siempre acredita á una mujer. Coralia me gusta, y debe usted de estar contento de ella, porque tiene buenos sentimientos. ¡Ah! yo puedo hacer que silben á quienquiera.

—Bueno, arreglemos primero la cuestión de las entradas—dijo Lousteau.

—Yo iré á principios de cada mes á buscarlas á casa de

este señor, y como es amigo suyo, le trataré como á usted. Tiene usted cinco teatros, le darán treinta entradas, y esto le valdrá unos setenta y cinco francos mensuales. ¿Desea usted, acaso, algún anticipo?—dijo el tratante en entradas abriendo su caja llena de escudos.

—No, no—dijo Lousteau,—ese recurso lo guardamos para cuando vengan los malos tiempos.

—Caballero—dijo Braulard dirigiéndose á Luciano,—dentro de algunos días iré á trabajar con Coralia, y espero que nos entenderemos bien.

Luciano no miraba sin profundo asombro el despacho de Braulard, donde veía una biblioteca, magníficos cuadros y un mueblaje conveniente. Al pasar por el salón, el poeta notó que estaba amueblado sin lujo, pero con decencia; y como el comedor le pareciese la habitación mejor cuidada, hizo alusión á ella.

—¡Ah! amigo mío, es que Braulard es gastrónomo. Sus comidas, que son citadas en la literatura dramática, están en armonía con su caja.

—Sí, tengo buenos vinos—respondió modestamente Braulard.—Vamos, ya está ahí mi gente—añadió el jefe de la claue al oír en la escalera voces roncás y extraños pasos.

Al salir, Luciano vió desfilar ante él la hedionda manada de los individuos de la claue y de los revendedores de entradas, hombres que iban todos de gorra y mal vestidos y que ostentaban rostros patibularios, azulados, verdosos, sucios, con barbas descuidadas y ojos feroces, horrible populacho que vive y pulula por los bulevares de París, vendiendo por la mañana joyas de oro de á cinco reales, haciendo de claue por la noche en los teatros y aviniéndose á todas las necesidades fangosas de París.

—He aquí los romanos—dijo Lousteau riéndose.—He aquí la gloria de las actrices y de los autores dramáticos. Vista de cerca, no es más hermosa que la nuestra.

—En París, es difícil hacerse ilusiones de nada—respondió Luciano encaminándose hacia su casa.—Aquí se crean impuestos sobre todo, se vende todo y se fabrica todo, hasta el éxito.

Los convidados de Luciano eran Dauriat, el director del Panorama, Matifat y Florina, Camusot, Lousteau, Finot, Nathán, Héctor Merlin y la señora de Val-Noble, Feliciano Vernou, Blondet, Vignón, Felipe Bridau, Marieta, Girou-

deau, Cardot y Florentina y Bixiou. Había invitado á sus amigos del cenáculo. Tulia la bailarina tomó también parte en el festín, así como los propietarios de los periódicos donde trabajaban Nathán, Merlín, Vignón y Vernou. Los convidados formaron una reunión de treinta personas, y el comedor de Coralía no tenía cabida para más. A eso de las ocho de la noche, al resplandor de las arañas encendidas, los muebles, las alfombras y las flores de aquella casa adquirían ese tinte de fiesta que da al lujo parisiense la apariencia de un sueño. Al verse dueño de aquellos lugares, Luciano sintió una indefinible dicha, y su vanidad satisfecha le hizo concebir mil esperanzas. Florina y Coralía, vestidas con la loca exageración y la magnificencia artística de las actrices, sonreían al poeta provinciano como dos ángeles encargados de abrirle la puerta del palacio de los sueños. Luciano casi soñaba. Su vida había cambiado tan bruscamente de aspecto en pocos meses, había pasado tan pronto de la extrema miseria á la extrema opulencia, que había momentos que sentía inquietudes como las gentes que, al mismo tiempo que sueñan, saben que están dormidas. No obstante, contemplando aquella hermosa realidad, sus ojos denotaban una confianza que hubiese sido tildada de fatuidad por los envidiosos. El mismo había cambiado. Feliz todos los días, sus colores habían palidecido, sus miradas denotaban languidez y, según la frase de la señora de Espard, tenía aires de ser amado. Su belleza había aumentado. La conciencia de su poder y de su fuerza aparecía en su fisonomía iluminada por el amor y la experiencia. Creyendo que podría pasearse cual dominador por el mundo literario, miraba cara á cara á la sociedad. El presente le pareció completamente desprovisto de nubes á aquel poeta que sólo sabía reflexionar bajo el peso de la desgracia. El éxito inflamaba las velas de su esquiife, y Luciano tenía á su disposición los elementos necesarios para sus proyectos: una casa montada, una querida que todo París le envidiaba, un buen equipo é incalculables sumas en su mesa escritorio. Su alma, su corazón y su talento estaban igualmente metamorfoseados, y ante tan hermosos resultados, no pensaba siquiera en discutir los medios. El tren de su casa ha de parecer tan justamente sospechoso á los economistas que han practicado la vida parisiense, que creemos necesario decir aquí cuál es la base en que descansaba la dicha material de la actriz y de su poeta. Sin compromete-

terse, Camusot había aconsejado á los proveedores de Coralía que le fiasen, al menos por tres meses. Los caballos, los criados, todo fué apareciendo, pues, como por encanto para aquellos dos jóvenes ansiosos de gozar y que gozaban de todo con delicia. Coralía fué á buscar á Luciano por la mañana y le inició en la sorpresa de su comedor espléndidamente montado y de la comida que le esperaba, comida que había de ser servida por Chevet.

Luciano besó á Coralía en la frente, estrechándola contra su corazón, y le dijo:

—Hija mía, yo medraré y recompensaré tu amor y tu abnegación.

—¡Bah! ¿estás contento?

—¿Cómo no?

—Pues bien, esa sonrisa me lo paga todo—le respondió Coralía uniendo con delirio sus labios á los labios de Luciano.

Encontraron á Florina, á Lousteau, á Matifat y á Camusot, los cuales se disponían á arreglar las mesas de juego. Los amigos de Luciano iban llegando, pues todas aquellas gentes se titulaban ya amigos de Luciano. Se jugó desde las nueve hasta las doce de la noche. Afortunadamente para él, Luciano no sabía ningún juego; pero Lousteau perdió mil francos, y se los pidió prestados á Luciano, el cual creyó que no podía negárselos. A eso de las diez, Miguel, Fulgencio y José se presentaron, y Luciano, que fué á hablar con ellos á un rincón, encontró sus caras bastante frías y serias, por no decir desconcertadas. Arthez no había podido ir porque estaba acabando su libro, y León Giraud estaba ocupado en la publicación del primer número de su revista. El cenáculo había enviado á sus tres artistas, los cuales parecían que debían hacer mejor papel que los otros en una orgía.

—Amigos míos—dijo Luciano, afectando cierto tono de autoridad,—ya veréis que el pequeño farsante puede llegar á ser un gran político.

—Mucho celebraré haberme engañado—dijo Miguel.

—¿Vives con Coralía esperando cosa mejor?—le preguntó Fulgencio.

—Sí—dijo Luciano esforzándose en aparecer sencillo.—Coralía tenía un anciano negociante que la adoraba y lo ha despedido por mí. Yo soy más feliz que tu hermano Felipe,

que no sabe cómo gobernar á Marieta—añadió dirigiéndose á José Bridau.

—En fin—dijo Fulgencio,—ahora eres un hombre como otro y podrás hacer fortuna.

—Sí, un hombre que para vosotros seguirá siendo el mismo, cualquiera que sea su posición—respondió Luciano.

Miguel y Fulgencio se miraron y cambiaron una sonrisa burlona que fué vista por Luciano, el cual comprendió entonces lo ridícula que era su frase.

—Coralia es hermosísima—exclamó José Bridau.—¡Vaya un retrato que podría hacerse!

—Y bueno—respondió Luciano.—A fe que es angelical. Si quieres hacer su retrato, tómalas como modelo de tu veneciana llevada por una vieja á presencia del senador.

—Todas las mujeres que aman son angelicales—dijo Miguel Chrestién.

En este momento, Raúl Nathán se encaminó hacia Luciano, le tomó las manos con delirante entusiasmo, se las estrechó y le dijo:

—Amigo mío, no sólo es usted un gran hombre, sino que, además, tiene corazón, cosa que es hoy más rara que el genio. En fin, sepa que soy suyo en cuerpo y alma, y que no olvidaré nunca lo que ha hecho usted esta semana por mí.

Lleno de satisfacción al verse adulado por un hombre que gozaba de gran prestigio, Luciano miró á sus tres amigos del cenáculo con una especie de superioridad. Esta entrada de Nathán era debida á que Merlín le había enseñado las pruebas del artículo que Luciano había escrito en favor de su libro, artículo que debía aparecer en el periódico al día siguiente.

—Consentí en escribir el ataque, con la condición de ponderarme á mí mismo—dijo Luciano á Nathán al oído.—Soy de los suyos.

Dicho esto, Luciano volvió á unirse á sus tres amigos del cenáculo. El poeta estaba muy satisfecho de aquella circunstancia, que justificaba la frase que había causado risa á Fulgencio.

—Si Artez publica ahora su libro, estoy en situación de serle útil, y esta sola circunstancia bastaría para inclinarme á seguir en el periodismo.

—¿Gozas acaso de libertad?—le dijo Miguel.

—Sí; al menos de la que se tiene cuando es uno indispensable—respondió Luciano con falsa modestia.

A eso de las doce de la noche, los convidados estaban sentados á la mesa, y la orgía comenzó. Los discursos fueron más libres en casa de Luciano que en casa de Matifat, pues nadie sospechó la divergencia de sentimientos que existía entre los tres diputados del cenáculo y los representantes de los periódicos. Aquellos jóvenes talentos, tan depravados con la práctica del pro y el contra, entraron en discusión y se lanzaron los más terribles axiomas de la jurisprudencia que encerraba entonces el periodismo. Claudio Vignón, que quería que la crítica conservase su carácter augusto, se pronunció contra la tendencia de los periódicos hacia la personalidad, diciendo que, más tarde, los escritores llegarían á desconsiderarse á sí propios. Lousteau, Merlín y Finot, tomaron entonces abiertamente la defensa de este sistema, sosteniendo que sería una especie de punzón por medio del cual se señalaría el talento.

—Todos los que resistan esta prueba, serán hombres realmente fuertes—dijo Lousteau.

—Por otra parte—exclamó Merlín,—durante las ovaciones de los grandes hombres, éstos necesitan en torno suyo, como en torno de los triunfadores romanos, un concierto de injurias.

—Y todos aquellos que sean objeto de burlas, creerán en su triunfo—dijo Luciano.

—Cualquiera diría que haces alusión á ti mismo—exclamó Finot.

—*Faciamus experimentum in anima vili*—respondió Luciano riéndose.

—¡Desgraciados de aquellos que no sean discutidos por el periódico y que reciban coronas al empezar, porque ellos serán relegados al olvido!—dijo Vernou.

—En Francia, el éxito mata, porque nos tenemos demasiada envidia para que no deseemos olvidar y hacer olvidar á los demás los triunfos ajenos—dijo Finot.

—Esa es, en efecto, la contradicción que produce la vida en literatura—dijo Vignón.

—Lo mismo que en la naturaleza, donde la vida resulta de dos principios que se combaten—dijo Fulgencio.—El triunfo del uno sobre el otro es la muerte.

—Como en política—añadió Miguel Chrestién.

—Nosotros acabamos de probarlo—dijo Lousteau.—Dauriat venderá esta semana dos mil ejemplares del libro de Nathán. ¿Por qué? Porque el libro atacado será bien defendido.

—¿Cómo no ha de sacar á flote una edición un artículo semejante?—dijo Merlín sacando del bolsillo las pruebas del periódico del día siguiente.

—Léame usted ese artículo—dijo Dauriat;—yo soy librero en todas partes, hasta cenando.

Merlín leyó el triunfante artículo de Luciano, que fué aplaudido por toda la reunión.

—¿Hubiera podido hacerse este artículo sin el primer?—preguntó Lousteau.

Dauriat sacó del bolsillo las pruebas del tercer artículo y lo leyó. Finot siguió con atención la lectura de aquel artículo destinado al segundo número de su revista, y, en su calidad de redactor en jefe, exageró su entusiasmo, diciendo:

—Señores, si Bossuet hubiera vivido en esta época, no hubiese escrito cosa mejor.

—Ya lo creo—dijo Merlín.—Bossuet hoy sería periodista.

—¿Por Bossuet II!—dijo Claudio Vignón levantando el vaso y saludando irónicamente á Luciano.

—¿Por mi Cristóbal Colón!—respondió Luciano dirigiendo su brindis á Dauriat.

—¡Bravo!—exclamó Nathán.

—¿Es eso un apodo?—preguntó Merlín con malicia, mirando á la vez á Finot y á Luciano.

—Si continúan ustedes de ese modo—dijo Dauriat,—no podremos seguirles, y estos señores—añadió señalando á Matifat y á Camusot—no podrán comprenderles. Según Bonaparte, la broma, como el algodón, se rompe cuando es demasiado fina.

—Señores—dijo Lousteau,—estamos siendo testigos de un hecho grave, inconcebible, verdaderamente sorprendente. ¿No admiran ustedes la rapidez con que nuestro amigo se ha cambiado de provinciano en periodista?

—Es que ha nacido periodista.—dijo Dauriat.

—Hijos míos—dijo entonces Finot levantándose con una botella de champagne en la mano,—hemos protegido todos y animado á nuestro anfitrión en la carrera que ha emprendido,

dido, excediendo á nuestras esperanzas. En dos meses se ha estrenado con los hermosos artículos que conocemos: propongo bautizarlo periodista auténticamente.

—Una corona de rosas á fin de confirmar su doble victoria—dijo Bixiou mirando á Coralia.

Ésta hizo una seña á Berenice, la cual se fué al cuarto de la actriz á buscar unas flores artificiales viejas. Tan pronto como la camarera trajo las flores, con las cuales se adornaron grotescamente los que estaban más borrachos, se hizo una corona de rosas. Finot, el gran sacerdote, derramó algunas gotas de vino de champagne sobre la hermosa cabeza rubia de Luciano, pronunciando con deliciosa gravedad estas palabras sacramentales:

—¡En nombre del timbre, de la fianza y de la multa, te bautizo periodista! ¡Que tus artículos te sean leves!

—¡Y pagados sin deducción de blancos!—dijo Merlín.

En este momento, Luciano se fijó en las caras tristes de José Bridau, de Miguel Chrestién y de Fulgencio Ridal, los cuales tomaron sus sombreros y salieron en medio de una salva de imprecaciones.

—¡Vaya unos cristianos más singulares!—dijo Merlín.

—Fulgencio era buen muchacho, pero los otros lo han pervertido—repuso Lousteau.

—¿Quiénes?—preguntó Claudio Vignón.

—Unos jóvenes graves que se reúnen en concierto filosófico y religioso en la calle de los Cuatro Vientos para estudiar la marcha general de la humanidad—respondió Blondet.

—¡Oh! ¡oh! ¡oh!

—Allí procuran indagar si da vueltas sobre sí misma ó si progresa—dijo Blondet continuando.—Estaban indecisos entre la línea recta y la curva, juzgaban un contrasentido el triángulo bíblico, y en esto se les ha aparecido no sé qué profeta que se ha pronunciado por la espiral.

—Cosas peores podían hacer—exclamó Luciano procurando defender al cenáculo.

—Tú tomas esas teorías por palabras ociosas—dijo Feliciano Vernou;—pero llega un momento en que se transforman en tiros y en guillotina.

—Hasta ahora, sólo están buscando el pensamiento providencial del vino de champagne, el sentido humanitario de los pantalones y la bestia que hace marchar el mundo—dijo

29676

UNIVERSIDAD DE MONTEVIDEO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
125 MONTEVIDEO, MEX